



Cros de la semana.

Si hubiéramos de ser siempre fieles y puntuales cronistas de cuanto se dice y hace durante la semana, nuestro artículo de hoy habría de resultar necesariamente monótono, toda vez que en los últimos siete días nada de extraordinario se ha hecho, y sólo háse hablado de un asunto: del regreso de Martínez Campos á la Península.

¿Qué de comentarios se han hecho!
¿Qué de noticias se han propalado!
¿Qué de absurdos, qué de contradicciones, qué de inexactitudes se han escrito!

—Martínez Campos viene llamado por el Gobierno para tratar de asuntos administrativos referentes á Cuba.—dicen unos.

—No hay tal,—replican otros.—Martínez Campos viene llamado por el Rey, y al Rey solamente le es dado saber á lo que viene Martínez Campos.

—Pues nosotros—dicen algunos—sabemos de buena tinta que el capitán insigne viene á formar Gabinete en sustitución del Sr. Cánovas del Castillo.

—No hay tal,—replican los amigos del Sr. Cánovas;—el pacificador de Cuba está completamente identificado con nosotros, y será ministro de la Guerra con el señor Cánovas, ó generalísimo de los ejércitos nacionales, ó arzobispo de *Canisópolis*, sial Sr. D. Antonio se le antoja que Martínez Campos trueque la espada por el báculo; todo, en fin, todo lo será Martínez Campos, absolutamente todo, según los ministeriales, menos una cosa: presidente del Consejo de ministros.

Y después de todo, ¿quién es Martínez Campos?

Un soldado de fortuna,—dicen algunos. Un loco,—añaden otros.

Que triunfó en Sagunto... Bien, ¿y qué? También pudo haber sucedido lo contrario.

Que venció á los carlistas en el Maestrazgo, en Cataluña y en otros puntos... Bien, ¿y qué? Si no él, otros los hubieran vencido.

Que logró acabar la guerra del Norte, y después la de Cuba, todo ello en pocos meses... Bien, ¿y qué? Alguna vez había de suceder esto.

Todas estas cosas y otras tales que se dicen por ahí, ó, por lo ménos, se dan á entender con la más sana intención por supuesto, nos hacen recordar cierta ingeniosísima caricatura que años há publicó un ilustrado periódico inglés, y de la cual vamos á dar una idea á nuestros lectores.

El dibujo á que nos referimos representaba á un inglés, á un francés y á un español en el acto de encaramarse cada uno de estos individuos á una cuecaña, debajo de cada una de las cuales—porque bien se comprenderá que las cuecañas representadas eran tres—había un grupo de compatriotas de cada uno de los que subían.

Los ingleses, impsibles y con los brazos cruzados, contemplaban tranquilamente como se elevaba su paisano.

Los franceses ayudaban á que el suyo subiese, y al efecto le empujaban cuanto podían.

Los españoles... ¡oh! los españoles agarraban de los pies á su compatriota, y tiraban con todas sus fuerzas hasta hacerle resbalar y caer...

¿Qué te parece, lector? ¿Pueden expresarse de un modo más gráfico y exacto las condiciones de carácter de los tres mencionados pueblos?

Preciso es reconocer que la caricatura era ingeniosísima, y exacta su significación, por más que á nosotros nos correspondía la peor parte.

Efectivamente, los españoles no podemos ver con calma á uno que se eleva por sus propios méritos, sino que, por el contrario, cuando tal sucede, tirámosle de los pies para que caiga.

A propósito del general Martínez Campos y de la caricatura inglesa, se nos ocurre una cosa, y es la siguiente: ¿No podría suceder que se quedasen con las botas del general en las manos los que con tanto ahínco le tiran de los tacones?

El Carnaval se nos vino encima. Bien venido sea el Carnaval.

Quélese para los caracteres taciturnos, para los genios acres, para los espíritus téticos, el malhumorarse cuando todo el mundo se divierte, y digan lo que dijere los detractores del Carnaval, á nosotros nos causa regocijo ver á la humanidad vestida de mamarrucho.

El mundo es una jaula de locos, según dicen, y así es la verdad, ó por lo ménos lo parece.

Por eso, cuando una vez al año viene el dios Momo y abre la jaula, lánzase los hombres por esos andurrios haciendo muecas, y es verdaderamente cosa de gusto ver al rey de la creación dando saltos y cabriolas al son de cascabeles y sonajas.

El hombre es hipócrita todo el año. Sólo bajo la careta de Carnaval, dice y hace lo que siente.

Por eso, para conocer al hombre es preciso estudiarle en Carnes... tolendas.

Vámonos, pues, á estudiarle, puesto que hoy comienza el Carnaval, y el domingo próximo os diremos, lectores, lo que en ese estudio hayamos aprendido.

WERTER.

Catástrofes en los Alpes.

Los Alpes son constantemente teatro de deplorables accidentes causados por la imprudencia de los guías ó de los viajeros. Es grande el martirologio de los infelices que han hallado la muerte en los abismos, como Douglas y Cordier. Limitáremos, no obstante, á recordar sólo dos catástrofes que há trece años de distancia han llamado profundamente la atención de toda Europa.

El 14 de Julio de 1865, MM. Eduardo Whymper y Carlos Hudson, miembros del comité del club alpino de Londres, M. Haddo y lord Francisco Douglas, individuos del mismo club, se reunieron en Zermatt, deseados de vencer al coloso del Cervin, inaccesible hasta entónces. Mister Hudson llevaba consigo cables de alambre que debían facilitarle la ascension; pero viendo que M. Whymper estaba dispuesto á partir, dejó sus útiles en el hotel, y se puso en marcha con sus improvisadas camaradas, que no tenían más objeto que hacer un ligero estudio del camino. Tomaron como guías á Miguel Croz, de Chamounix, y á Zum-Tangwald con sus hijos, de Zermatt.

Nuestros viajeros pasaron la noche sobre la nieve, habiendo podido dormir algunos ratos lord Francisco Douglas, y no conciliando el sueño los demas.

Al rayar el alba se pusieron en marcha, y hallando la ascension más fácil de lo que se habian figurado, llegaron á la cima del Cervin á cosa de las dos de la tarde.

En aquel momento se les vió desde Zermatt con ayuda del telescopio. Permanecieron en la cima hasta las tres, á cuya hora se pusieron en camino para bajar á la llanura.

Miguel Cros iba delante de la expedición, y después seguían los cuatro viajeros: M. Douglas, Haddo, Hudson y Whymper. Los hijos de Zum Tangwald y su padre cerraban la marcha. Estaban todos sujetos á la misma cuerda, y bajaban en extremo alegres por el buen resultado de su empresa, cuando de pronto M. Douglas tuvo la desgracia de resbalar, é imprimiendo á la cuerda una violenta sacudida, hizo caer á su vez á MM. Haddo, Hudson y toda la comitiva, que fué á estrellarse con toda rapidez contra las rocas.

Zum Tangwald, padre, que era el último de la cadena, no perdió su presencia de ánimo; tuvo la suerte de sujetar su cuerda con la punta de una roca, y creyó por un momento haber detenido la espantosa caída; pero la cuerda se rompió entre MM. Whymper y Hudson, y éstos, en union de sus compañeros, fueron saltando de roca en roca desde una altura de cerca de 4.000 piés.

Tan terrible accidente ha quedado unido al recuerdo de la primera ascension al monte Cervin. Era la única cima del grupo del monte Rosa que hasta entónces se habia resistido á los esfuerzos del hombre, toda vez que algunos días ántes habian llegado unos viajeros á la cumbre del *Gabelhorn*, última cima virgen de las cercanías de Zermatt.

La ascension al monte Cevedale ha da-

do recientemente origen á una catástrofe tan terrible como la del Cervin.

Tres viajeros de Berlin, el doctor Salomon, M. Hermitz, comerciante, y el doctor Sachs, preparador del céle re Dubois Reymond, se tenían por muy buenos trepadores para subir á aquella escarpada cima sin tomar más que dos guías.

Uno de éstos, que iba al frente de la columna, se entretenía en tallar un escalon sobre la nieve. Los tres berlineses, así como sus servidores, estaban sujetos á una cuerda que rodeaba sus cuerpos.

El doctor Sachs dió de pronto un paso en falso y cayó pesadamente sobre el guía que cerraba la comitiva, el cual no pudo detenerle. Aquel rosario humano fué arrastrado entónces por una fuerza irresistible, y rodó hacia las profundidades del abismo.

Las víctimas cayeron verticalmente desde la altura de más de 2.000 piés.

Antes de la caída definitiva los viajeros fueron á parar á una plataforma de hielo, en la que se detuvo la cuerda; pero por desdicha se rompió á causa del peso de M. Hermitz y del doctor Sachs, cuyos cadáveres no fueron encontrados.

El doctor Salomon no estaba más que desmayado; al cabo de algunas horas se despertó, y se halló junto al cadáver de uno de los guías.

Por fortuna, varios viajeros que verificaban tambien en aquellos instantes la ascension al Cevedale, y que habian seguido todas las peripecias de aquella horrible tragedia, dieron el grito de alarma. Varios aldeanos del valle inmediato lograron salvar al doctor Salomon, un poco ántes de la puesta del sol.

M. E.

El trabajo y los trabajadores.

EN LOS ESTADOS-UNIDOS Y EN EUROPA.

Con este título ha publicado recientemente el *Journal officiel* de Paris un interesante artículo extractando, á grandes rasgos, el concienzudo análisis que ha hecho la *Gazette d'Augsbourg* de una obra de M. Edward Young, director general de la Seccion de estadística en los Estados- Unidos, relativa á la situacion de los obreros y á las condiciones del trabajo público en la América del Norte y en Europa.

Los terrenos que reciben cultivo directo en los Estados- Unidos tienen una extension de 560 millones de acres, cuyo valor se eleva á unos 10.000 millones de dollars (cada dollar unos 20 reales), y en este inmenso territorio hallan ocupacion unos nueve millones de obreros, cuyo salario es, por término medio, de 1 1/2 dollar á 1 1/2 por día, cuando tiene ademas la alimentacion, y sin esto, de 2 á 2 1/2 dollars.

En otros oficios el salario medio es de 4 dollars, aunque en algunos es mayor todavía; por ejemplo, los canteros, los albañiles, los constructores de molinos, los ebanistas, etc., ganan más de 5 dollars por día de trabajo; los zapateros y los sastres, de 3 á 4; los carpinteros de buques, de 4 á 5.

Segun la última estadística, 135.369 obreros están ocupados en las manufacturas de algodón, y tienen constantemente en elaboracion como 1.300.000 balas, elevándose el valor de los productos que obtienen á unos 180 millones de dollars. El salario de estos obreros, segun su categoría, es de 6 á 18 dollars por semana.

Los hilados y tejidos de lana producen por un valor anual de 156 millones de dollars, y el salario medio de todas las categorías de obreros asciende por semana á 10 y 12 dollars, sin contar los inspectores y vigilantes, que ganan de 15 á 18.

Los productos de fundicion se elevan á 900.000 toneladas por año; los del hierro en lingotes á 750.000, y los de acero (sistema Bessemer) á 190.000. En las minas de hierro, el salario de los obreros es de 20 á 25 dollars por semana, y en las fábricas de fundicion y de máquinas, aunque generalmente no pasa de 15 dollars, se eleva en algunas partes de la Union á 20 y 30 por semana.

Las fábricas de tabaco, las manufacturas de seda, la fabricacion de pianos y carruajes y otras industrias están, en cuanto á la mano de obra, bastante equilibradas, proporcionando al obrero inteligente y laborioso un salario de 12 á 16 dollars semanales.

El alimento y la habitacion de un obrero cuestan, por semana, 5 dollars, y una familia de obreros, con tres hijos, gasta en alimentacion y en la vivienda de 9 á 13 dollars semanalmente, y 50 á 100 al año en vestirse y calzarse. La carne cuesta de 8 á 15 ó 20 centavos por libra; la verdura, 35 centavos; las patatas, 1 dollar el saco (*bushel*); la harina de trigo, de 6 á 7 dollars la barrica, y la de centeno á 5 dollars ó más.

Segun el autor citado, la situacion de las clases obreras en los Estados- Unidos es mejor que la de las mismas clases en los diferentes países de Europa: los obreros viven y se alimentan mejor, y la carne es su alimento cotidiano, y como ellos tienen el gusto y el sentimiento del *comfort*, sus habitaciones para familia están perfectamente dispuestas y aun bien amuebladas.

Después de los Estados- Unidos, la obra de M. Young trata de Inglaterra, la cual, en 1874, exportó á aquel país productos por valor de unos 180 millones de dollars, habiendo sido la importacion de productos americanos en la Gran Bretaña, durante el mismo ejercicio, de unos 341 millones.

En Inglaterra, el salario medio del obrero es por semana, para los fundidores de hierro y los obreros de máquinas, de 8-9 dollars; los panaderos, de 4-5; los albañiles, de 8-9; los de carruajes, de 7-8; los carpinteros, de 8-9; los de diferentes categorías en las fábricas de lana, de 6-12; los de las minas de hulla, de 15-20. El salario medio general, resulta, por lo tanto, de 8 dollars.

El obrero agrícola no gana por término medio más que 80 centavos á 1 1/2 dollar cada semana, y esta clase de trabajadores es la ménos favorecida; la carne es para ella un artículo de lujo; los padres, los hijos y las hijas viven en la misma cámara; los niños no van á las escuelas de instruccion primaria, y están casi siempre vestidos con harapos.

Si una familia obrera que tiene de dos á cinco hijos que ayudan más ó ménos á sus padres, gana unos 440 dollars por año, sus gastos anuales llegan casi á la misma cifra, de suerte que no economiza nada, mientras que los ahorros de los obreros americanos representan, por lo ménos, una cuarta parte de su salario.

Inglaterra, en cambio, cuenta con más de 1.400 asociaciones cooperativas de obreros, que comprenden más de 500.000 individuos, y en el año 1876 estas sociedades han empleado en socorros la respetable suma de 18 millones de pesetas.

Al decir de M. Young, el nivel de las clases obreras de Inglaterra no se elevará sino cuando se adopte un sistema de educacion nacional; mientras tanto, la mayoría de los trabajadores no recibirán ninguna instruccion, ó una instruccion muy imperfecta, resultando de esto innumerables casos de embriaguez, de intemperancia, de verdadera abyeccion.

Alemania exportó á los Estados- Unidos en 1874 productos industriales por valor de 44 millones de dollars, ocupando el primer lugar los tejidos de seda, lana y algodón, así como toda clase de telas para vestidos.

En la industria lanera, el salario de los obreros alemanes varía entre 2 y 5 dollars por semana, si bien los más hábiles ganan de 3 á 5 por día en las manufacturas de seda y terciopelo.

Los sastres tienen un salario de 3-5 dollars semanales; los fundidores de hierro, de 70 centavos á 1 1/2 dollar por día; en Berlin, el salario de los constructores de locomotoras, máquinas y otros artefactos de fundicion es de 4-8 dollars por semana; los albañiles y carpinteros reunen de 70 centavos á un dollar por día, y los mineros de 10-15 semanalmente.

La clase agrícola gana, por término medio, de 90 á 108 dollars por año, resultando de 30 á 40 centavos por día.

En Alemania, la situacion de la clase obrera es más triste que en América y en Inglaterra, y tanto más cuanto que el obrero debe trabajar más horas durante el día, y aun por la noche en muchas fábricas: doce y catorce horas de trabajo es la tarea ordinaria, al paso que en otros países, incluso en nuestra patria, diez horas es el plazo marcado generalmente para el trabajo del obrero.

En las ciudades, las habitaciones de los pobres obreros son, por lo general, miserables y malsanas. ¿Cuántas veces se observa que varias familias están como hacinadas en pequeñas casps en las cuales cada una de aquéllas sólo habite en una estrecha cámara!

En Suiza, los productos de relojería se elevan á unos 18 millones de dollars, y más de 30.000 personas están ocupadas en aquella industria, ganando por semana, cada uno, segun su mérito, de 6 á 9 dollars, mientras que los obreros de los campos apenas tienen un salario de 30 á 45 centavos por día, comprendida la alimentacion.

Reina allí el principio de la instruccion obligatoria y de las escuelas gratuitas, de suerte que toda la clase obrera recibe los principios elementales; existen, ademas, numerosas escuelas de industria, donde se da gratuitamente una instruccion sólida en todos los ramos profesionales; hay muchas bibliotecas para obreros en varias localidades, como en Ginebra, que tiene 43 con más de 39.000 volúmenes, y en Lucerna, donde hay 41, con 38.000; en la clase obrera, en fin, dominan la temperancia, el orden y el gusto por la instruccion.

Si no temiéramos hacer demasiado largo y pesado este artículo, continuaríamos extractando el libro de M. Young en lo que se refiere á Francia, Italia y Bélgica, aunque la suerte de los obreros en estas tres naciones es poco diferente de la que tienen los obreros alemanes.

En resumen, para M. Edward Young, el obrero americano es el mejor de todos los obreros del mundo, el que gana más, y el que está más bien acomodado.—X.

¿El mundo es eterno?

El mundo es eterno en su conjunto, y léjos de disponerse á perecer, marcha, por el contrario, hacia un acrecentamiento indefinido, segun demuestra la observacion directa de los hechos.

Sabemos, en efecto, por la inspeccion del cielo, que existen nebulosas que se hallan actualmente en vias de formacion, y que, por lo tanto, la obra de la creacion prosigue majestuosa á traves de los siglos.

Pero de que el mundo sea eterno en su conjunto no puede deducirse en modo alguno que los astros habitados deban ser constante albergue de la vida, ni que los soles que los alumbran puedan desafiar las edades sin perder una sola chispa de su brillo. Esta cuestion nos interesa sobremanera, porque nos toca muy de cerca, y porque nuestra especie siempre se ha mostrado ávida de saber si su vida será ó no perpetua sobre el globo que habitamos.

Para solventar tan delicado punto, es preciso que pleguemos las alas de azul de nuestra metafísica, para descender al prosaico terreno de la física.

Los moradores de un planeta tienen necesidad, para vivir en él, de cierto grado de luz y de calor. Aparecieron cuando se alcanzó ese grado, y partirán cuando desaparezca. Deciros cómo, no es asunto sobre el cual pueda en este instante detenerme; pero el hecho es tan evidente, que nadie se atreverá á contradecirlo. Todo el mundo sabe que el hombre muere por un exceso de frio, lo mismo que por un exceso de calor, y que tan sólo puede desarrollarse en una temperatura media.

Para fijar las ideas, hablemos de nuestro planeta. En estado gaseoso al principio, se liquidó por medio del enfriamiento, y al cabo de innumerables siglos acabó por constituir una corteza sólida, sobre la cual empezó á producirse la vida. La costra que nos sirve de balsa, digámoslo así, se ha hecho tan profunda, que el calor interior no tiene ninguna accion sensible sobre la temperatura exterior. Así pues, en la actualidad, no sólo toda la luz, sino tambien todo el calor, procede exclusivamente del Sol.

Nuestra vida depende, por lo tanto, de los rayos de ese astro, hasta el punto de que, si llegara á apagarse, las tinieblas extenderían un sudario de muerte sobre la Naturaleza entera.

Lo que decimos de nuestro planeta se aplica evidentemente á los demas, porque constituyen en su conjunto una misma fa-

milia, sometida á las mismas leyes y á las mismas influencias paternas del Sol. No hay más diferencia que la que resulta de su edad y de su alejamiento. Así pues, Neptuno, el más antiguo de todos, que ocupa los últimos confines del sistema, y que no recibe del radiante astro más que la milésima parte del calor y de la luz que nos envía, debe estar próximo á exhalar su último aliento, si no se ha realizado ya semejante fenómeno.

Por el contrario, Vulcano debe experimentar una temperatura tal, que no puede haberse desarrollado aún en él ningún germen de vida. Lo mismo debe suceder con respecto á Mercurio, el cual recibe un calor seis veces más intenso que el que nosotros disfrutamos sobre nuestro globo.

Es, por consiguiente, probable que los planetas en que la humanidad está en vías de formación sean: Vénus, la Tierra y Marte, y que haya alcanzado su desarrollo armónico en Júpiter, Saturno y Urano.

No faltan pensadores que se burlen de semejantes doctrinas, negando rotundamente que nuestra humanidad se halla todavía en un estado á todas luces imperfecto. ¡Oh espíritus cándidos y descreídos! Ese sér colectivo llamado humanidad, no se halla constituido en un planeta por el sólo hecho de la presencia del hombre, que aún pasa la vida exterminando á su semejante, como si no tuviera que hacer cosa alguna de mayor provecho. No somos en realidad más que un informe embrión, un germen, algo que empieza á desarrollarse, y que no nos da derecho á proclamarnos como una obra acabada, comparable con las que existen tal vez en los planetas superiores.

Pero no nos apartemos de nuestro tema. La cuestión que nos ocupa, llevada á sus más sencillos términos, se reduce á saber si la vida está destinada á desenvolverse indefinidamente en cada planeta, ó bien á extinguirse por grados después de haber alcanzado un máximo de esplendor. Para resolver este problema hemos de estudiar previamente este otro: ¿Tienen los soles una existencia eterna, ó están sometidos á la inmutable ley de la muerte? ¿Su elevado rango en la jerarquía sideral les asegura ó no un privilegio que ha sido negado á todo cuanto vive y se agita en las escalas inferiores?

En otro artículo examinaremos detenidamente tan importante y trascendental cuestión.

C. R.

Sin casa.

La civilización moderna va aboliendo muchas antiguallas y quitando muchas trabas; en Madrid, sin duda alguna, es donde se va caminando más de prisa en eso de romper con las costumbres, más despóticas que las leyes, y con las necesidades, verdaderos tiranos del hombre, cuyo yugo es preciso que sacudamos con energía.

¡Las necesidades! Mejor dicho: ¡las necesidades sociales! Ellas son el tormento de cuantos viven en las grandes capitales; ellas son las que obligan á llevar una chistera mala á quien podía gastar una gorra de primera calidad; ellas son las que obligan á tapar con una levita la falta de chaleco; ellas son las que aligeran muchos estómagos para que se llenen los de los sastres.

Pero la civilización, como digo, es incansante en su obra, y poco á poco hemos de ver caer una por una todas las trabas que hoy sujetan al pobre, porque con el rico no rezan, ni han rezado, ni rezarán jamás todas estas cosas.

En esta campaña, el primer grito de triunfo ha sido éste:

¡Ya no hay casa!

El segundo, para el cual trabajan por cierto con ahínco los maestros de escuela, se expresará gráficamente en estas palabras:

¡Ya no se come!

La obra estará terminada por completo cuando igualmente se pueda exclamar:

¡Ya no se viste!

Por de pronto, lo primero está conseguido en la corte de las Españas; ¿quién se permite tener casa ya, en la verdadera acepción de la palabra? Eso se queda para algunos seres afortunados, á quienes la Providencia ha dotado de capitales inmensos. La generalidad de la gente no tiene casa.

El problema era difícil de resolver, pero no lo fué, y nosotros lo hemos arreglado de tal modo, que lo que parecía una primera necesidad, ha venido á constituir una cosa superflua, casi un despilfarro.

En Madrid no se puede ver á nadie en su casa.

Cuando es preciso ver á algún amigo para tratar un negocio, tenga la importancia que tenga, el medio más seguro de hablarle es no ir á lo que él llama pomposamente su casa.

Si se le anuncia la visita, contesta inmediatamente:

—No; en mi casa no es fácil verme; no paro nunca en ella.

Y con efecto, no pára ni anda en ella porque no la tiene, porque las señas de una calle, de un número y de un cuarto que lleva en sus tarjetas no indican el lugar donde se encuentra una habitación, sino el sitio donde hay un nicho de familia, ni siquiera se le puede llamar panteón, algo más estrecho que el que disfrutan (¿vale la palabra?) los muertos en los camposantos.

Ese amigo recibe desde las diez hasta las cuatro en la oficina; allí escribe las cartas, allí trata sus negocios, y cuando sale de su trabajo, continúa la recepción en el café, en mesa fija, para que se le pueda buscar con facilidad por aquellos que lo desean.

Los dueños de los cafés debían adoptar una buena medida, en obsequio de sus parroquianos.

Consiste ésta en numerar las mesas; de esa manera veríamos muy pronto tarjetas redactadas en esta forma:

FULANO DE TAL Y TAL.

Café de Pombó, mesa n.º 4 izquierda.

¿Y cuál es la causa de todo esto? Muy sencilla.

Sigamos á las altas horas de la noche á uno de esos, que se pasan seis horas sentados en el café, que escriben allí, que conferencian allí, y que hasta comen y aún duermen allí; sigámosle cuando por cerrarse el local abandona el asiento y se dirige á su domicilio.

El hombre irá á una de las calles más extraviadas y peor cuidadas de la corte, entrará en un portal de misero aspecto, y después de subir más escalones que un cartero pisa al día, le veremos entrar en una habitación donde todos quedan jorobados, porque es imposible estirar el cuerpo sin hacerse un chichón mayúsculo contra el techo.

La habitación consta de alcoba, sala y cocina, recibimiento, despacho, gabinete, tocador, cuarto de baño, biblioteca, pieza de costura y despensa; sólo que, para tenerlo todo más á mano, el casero ha reducido todas estas piezas á dos, como los mandamientos de la ley de Dios, y á primera vista parece que no hay más que sala y cocina.

La sala sirve para despacho, gabinete, tocador, biblioteca, pieza de costura, cuarto de baño y alcoba.

La cocina, de despensa y comedor.

Nuestro hombre, por su posición social por las necesidades de esa misma posición necesita, sin embargo, para él y su familia todas las piezas citadas, independientes. ¿Por qué no las tiene?

Porque los sueldos no están hoy en relación con las necesidades sociales que llevan tras sí, y porque los precios de las cosas no guardan tampoco esa relación ni muchísimo menos.

Ese hombre no puede recibir á nadie en su casa; el mobiliario corre parejas con la capacidad de la estancia; se avergonzaría de que alguien viera su domicilio, y se avergonzaría con razón, por la estrechez que pendría de manifiesto ante los ojos de sus visitantes.

Pero todavía es peor lo que á su familia le sucede.

Su esposa y su hija tienen abono á diario en otro café; entre otras razones, porque en el café no hace frío y hay luz de balde, y en la casa se les han helado ya tres gatos y tienen que acostarse á oscuras.

Cualquiera que vea los trajes que lucen todas las noches, no concebirá que carezcan de casa aquellas señoras, y no se puede censurar que vistan así; son la familia del empleado D. Fulano ó del escritor Zutano; no es cosa de que vayan deshonrando á quien las mantiene, presentándose mal vestidas en público; el traje es una necesidad de que aún no se ha prescindido; por ahora, basta con la casa.

La niña es bella y tiene adoradores.

Todas las noches, antes de entrar la mamá y la niña en su casa, hacen escala en la de alguna amiga mejor acomodada.

Porque ¿cómo han de entrar en la casa en que viven, cuando va un elegante pello siguiéndolas?

¿Qué diría al verlas penetrar en aquel pobre y sucio portal?

Bastaría esto sólo para espantarle, ó, lo que es peor, para que por tan inocente he-

cho se permitiera excesos á que los hombres siempre están prontos en cuanto ven la más mínima ocasión que, á su juicio, les autorice para extralimitarse.

¡Cuántas veces esas señoras se han tenido que esconder en un portal lujoso, para desorientar al pollo que las servía de lacayo!

¡Cuántas veces han tenido que subir hasta el último piso de una casa cualquiera, para volver á bajar en cuanto han podido presumir que el acompañante ha desaparecido!

Pero llegará un día en que se presente un novio formal que pretenda casarse y á quien no se pueda ocultar la casa. ¿Qué hará desde el momento en que vea el aspecto del tugurio en que habita su amada?

¿Resistirá el amor á aquel espectáculo?

¡Bonitos están los tiempos para que el amor se resigne á subir tantas escaleras, y á penetrar en un cuarto donde no hay libertad para alzar el brazo y donde no se puede levantar una pierna sin que la bota tropiece con la pared de enfrente!

Así viven las tres cuartas partes de los habitantes de Madrid, porque cada uno en su escala ha hecho lo mismo, es decir, ha comenzado las economías por la casa.

Hasta en las clases más elevadas se nota esto mismo.

Los pobres ántes tenían una casa.

Ahora tienen un cuarto.

Los ricos ántes hacían palacios.

Ahora hacen hoteles, que parecen casitas de nacimiento.

Llegaremos, por fin, al estado en que se hallaba uno de los protagonistas de la siguiente escena, ocurrida en Francia:

Estamos en la vista de una causa.

El juez.—Acusado, ¿cómo os llamáis?

Acusado.—Juan Misel.

El juez.—¿Cuál es vuestro domicilio?

Acusado.—Boulevard Strasburgo, árbol 42 de la derecha.

El juez.—Dejaos de bromas en este momento. ¿Dónde habitáis?

Acusado.—No gusto de bromas; cuando sepais mi profesion...

El juez.—¿Cuál es vuestra profesion?

Acusado.—Me dedico á pájaro; cada uno es dueño de escoger el oficio que más le guste.

¡Si pudiéramos dedicarnos todos á pájaros!

E. SANCHEZ PASTOR.

Los grandes telescopios.

Los exploradores de la Luna van á aproximarse á este astro más que nunca, pues podrán verlo como si estuvieran tan sólo á la distancia de 428 kilómetros: del trecho total que nos separa de nuestro satélite quedarán suprimidos 392.000 kilómetros por el gigantesco telescopio de refracción que acaba de construirse en Inglaterra. El poder aumentativo, valuado por método conocido, es de 3.000.

El objetivo, que es un lente sin rival en el mundo, mide diametralmente 635 milímetros.

Suponiendo que la pupila del observador tenga un diámetro de 5 milímetros, dada la relación entre los cuadrados de estos números, puede decirse, refiriéndose á una porción determinada de la Luna, que este telescopio introduce en el ojo un número de rayos 16.000 veces mayor que el que recibe á la simple vista.

Las operaciones practicadas para obtener este majestuoso instrumento se han llevado á cabo satisfactoriamente. El resultado de la fusión nada deja que desear: el vidrio está exento de estrías y de defectos, admirablemente traslúcido, y de una homogeneidad perfecta.

Sabido es que todas estas condiciones son de rigor, pues los defectos aumentan con las dimensiones del instrumento; pero el buen éxito ha sido el precio de un trabajo inmenso.

Las operaciones que siguen á la fusión, esto es, el desgaste de la superficie y el pulimento, no han salido con menor ventaja, siendo como son tan necesarias como aquella: hay que desgastar la superficie para darle exactamente las curvas geométricas indicadas por el cálculo, y este trabajo se juzga de tanto peso como la fusión.

El tubo del telescopio es de acero, de una fuerza suficiente para hacer imposible su flexión bajo el peso que soporta.

Hay además un tubo de zinc destinado á interceptar las corrientes de aire caliente que pudieran perturbar la marcha de los rayos luminosos.

El instrumento está montado sobre un soporte de unos nueve metros de altura, con el mecanismo conveniente para dirigirlo al punto del espacio que convenga.

El peso total es de 9.000 kilogramos. El

telescopio más grande que se conocía ántes de éste es el del observatorio de Chicago, construido por M. Alven Clark, cuyo lente tiene un diámetro de 47 centímetros.

Vienen enseguida los telescopios colocados en el observatorio de Cambridge (Massachusetts) y en Paltawa (Rusia) con lentes de 3.255 centímetros.

No se crea, sin embargo, que el instrumento que hemos descrito conserve por mucho tiempo la supremacía. Los señores Clark, de Cambridge, han emprendido hace algún tiempo la construcción de un lente de 69 centímetros de diámetro, para el gobierno de los Estados-Unidos, que costará 250.000 francos.

El telescopio de que formará parte debe ser colocado en algún punto elevado, que será probablemente la estación astronómica que se proyecta establecer en Sierra-Nevada.

Esta cumbre, situada á 2.700 metros sobre el nivel del mar, es recomendable por la pureza de su atmósfera y por un cielo casi siempre despejado.

En este instrumento se han fundado grandes esperanzas para el adelanto de la astronomía física.

Nuestros lectores tendrán, tal vez, en un porvenir no lejano, la satisfacción de saber que se trata de una empresa más atrevida: la construcción de un nuevo telescopio, que dejaría muy atrás á cuantos hemos conocido.

Es un proyecto ya debatido en Francia, y cuya ejecución costaría una suma que, porque no se nos tache de exagerados, nos absteneremos de consignar.

Este verdadero gigante de los telescopios, según *Les Mondes*, de donde hemos tomado los anteriores apuntes, nos haría ver la Luna á la distancia de cuatro á cinco kilómetros, y la magnitud de los resultados iría acaso más allá de todo lo que se puede imaginar.

Episodio de la vida de Van-Dyck.

Los primeros juguetes que tuvo Van-Dyck en su infancia, fueron pinceles, paletas y todos los utensilios necesarios para la pintura. Su padre, originario de Bois-le-Duc, era un pintor sobre vidrio, muy famoso en Amberes, donde residía desde fines del siglo XVI. Su madre, cuya habilidad en bordar elogian un biógrafo, tenía además el talento de pintar paisajes y flores; y así era que compartía con su marido la tarea de iniciar al joven Van-Dyck en los primeros secretos del arte.

Reconociendo los padres de Van-Dyck que su hijo tenía una aptitud precoz y una vocación decidida, le enviaron desde muy niño al es adio de Van-Palen. Este, que había recorrido la Italia y estudiado los maestros antiguos, dió excelentes lecciones al niño, quien se aprovechó bien de ellas, que á la edad de diez y seis años ya nada tenía que aprender afuera de su maestro, y consiguió ser admitido en la escuela de Rubens.

Uno de los hechos más curiosos de la infancia de Van-Dyck, y que más caracteriza su talento, es el siguiente: Rubens tenía un estudio reservado en el cual permitía entrar muy pocas veces, y siempre que salía dejaba la llave á un criado de confianza llamado Valveken. Pero los discípulos eran curiosos, Valveken no era incorruptible, y apenas Rubens había vuelto la espalda, su hombre de confianza entregaba el santuario á la discreción de los alumnos, que se aprovechaban de aquella connivencia para estudiar en todas sus fases de elaboración los cuadros del maestro. Un día que Valveken les había introducido, según su costumbre, en el estudio reservado, se agolpaban alrededor de un cuadro que Rubens tenía en el caballete: era el famoso *Descendimiento de la cruz*, que existe en la catedral de Amberes, y que es una de las obras maestras de aquel célebre pintor; todos querían verlo á la vez, y se disputaban el puesto con tal petulancia, que uno de ellos, Diepenbeke, empujado violentamente por uno de sus camaradas, fué á parar sobre el lienzo y borró con su caída el brazo de la Magdalena y la barba y la mejilla de la Virgen. Era el accidente tanto más grave cuanto estaban concluidas las partes borradas.

¿Qué habían de hacer? ¿Qué iba á ser de ellos? ¿Cómo confesar á Rubens tan terrible accidente? ¿Cómo ocultárselo? No encontrando otro remedio, trataban ya de escaparse para librarse de la cólera del maestro, cuando uno de los jóvenes, Van-Hoeck, dijo: «Amigos míos, es preciso no perder tiempo y arriesgar el todo por el todo. Aún nos quedan cerca de tres horas de día; aquel de nosotros que sea más ca-

paz tome la paleta, y procure reparar lo que está borrado. En cuanto á mí, doy mi voto á Van-Dyck, el único de entre nosotros que puede hacerlo».

Aprobóse el parecer por unanimidad; en vano quiso Van-Dyck excusar aquel peligroso honor; rodeado, solicitado por todas partes, tuvo que ceder al fin y poner manos á la obra. Al día siguiente Rubens llevó á sus alumnos á ver su *Descendimiento de la cruz*, y señalando con satisfacción lo pintado por Van-Dyck, «No es esto, les dijo, lo peor que hice ayer». Sin embargo, mirándolo con más atención, advirtió Rubens que una mano extraña había tocado á ello, y supo todo lo sucedido el día anterior. Según algunos biógrafos, lo borró todo; pero nos inclinamos más á creer, con otros, que dejó subsistir la restauración de su hábil discípulo.

Rubens conoció bien pronto la superioridad de Van-Dyck; tuvo por él un vivo afecto, y le hizo trabajar en sus lienzos con preferencia á los demás. Siempre cargado de trabajo, tuvo en el joven artista un precioso auxiliar, y pronto no hizo más que componer y retocar sus cuadros.

A instancias de Rubens, que daba siempre este consejo á todos sus alumnos que apreciaba, se decidió Van-Dyck á hacer un viaje á Italia. Pero ántes de partir, quiso dejar á su maestro un recuerdo de su afectuoso agradecimiento, y le regaló muchos cuadros, entre otros un *Ecce homo* y un *Cristo en el jardín de los olivos*. Rubens los colocó en las principales habitaciones de su casa; los alababa con un sincero entusiasmo, y los enseñaba con orgullo, como igualmente un retrato de su mujer, pintado también por Van-Dyck. En cambio dió á su discípulo uno de los caballos más hermosos de su caballeriza.

El joven Van-Dyck, al ir á Italia, se detuvo en la aldea de Saventhem, donde compuso la *Caridad de San Martín* y la *Familia de la Virgen*. En el primer cuadro se pintó á sí mismo, montado en el caballo que Rubens le había regalado. Este cuadro, una de las más grandes composiciones del autor, ha quedado en la iglesia de Saventhem. En cuanto al *Familia de la Virgen*, en el que Van-Dyck ha tratado á su padre y á su madre, ha desaparecido, sin que jamás se haya podido saber ni lo que ha sido de él, ni quién se lo llevó.

Van-Dyck, en una carrera demasiado corta, supo adquirir un nombre que permanecerá entre los mayores del arte. Nació en Amberes el 22 de Marzo de 1599, y murió el 9 de Diciembre de 1641, en Londres, donde la amistad del rey Carlos I le había colmado de favores y de distinciones.

Variedades.

Los experimentos y los cálculos del general Poncelet han demostrado que el hombre ejerce, lo más completamente posible, su acción como motor cuando sube de vacío una pendiente suave ó una escalera, en cuyo caso el esfuerzo consiste en elevar su propio cuerpo, cuyo peso medio es de 65 kilogramos.

La cantidad de trabajo que se produce en este caso en un día es de 280.800 kilogrametros. El mismo hombre, cuando actúa sobre una manivela, sólo ejerce un esfuerzo máximo de ocho kilogramos, y aun cuando alcance esta cifra, no produce diariamente más que 172.800 kilogrametros.

Estos experimentos han dado la explicación de la cantidad enorme de trabajo producido en la elevación de las piedras grandes de las catedrales, por la sola acción del peso de los obreros que suben por los escalones colocados en la llanta de una rueda, cuyo eje arrolla el cable que contiene las piedras.

Resulta también que el hombre dará como motor una cantidad de trabajo mucho más considerable cuando pesa con toda la masa de su cuerpo sobre pedales móviles, que cuando sus brazos obran sobre una manivela, con la condición, sin embargo, de que los órganos intermedios no absorban por frotamiento ó de otra manera el exceso de trabajo que se produce.

En este principio está fundado el baromotor del Sr. Bozérián.

Este aparato combina la acción útil del peso del hombre con la de su esfuerzo sobre una manivela, con lo cual se llega á producir el trabajo máximo que el hombre puede desarrollar.